

**E**l Partido Laborista irlandés, organizador durante las huelgas de 1913 de unas milicias obreras, que fueron antecedentes de los "soviets", ha celebrado su conferencia anual en plena luna de miel con el Fine Gael, partido de la derecha irlandesa, que en los años treinta inspiró los Blue Shirts, las escuadras de asalto fascistas.

En pocas ocasiones históricas se habrá presentado una carrera tan sorprendente como la del Labour Party irlandés desde aquellas posiciones revolucionarias que le infundiera su fundador, James Connolly, hasta esta coalición gubernamental, formada hace siete meses, con los conservadores "finegaelistas". En realidad, la pirueta de los laboristas no es más que un resultado —y un componente más— de la crisis en que se encuentran las fuerzas políticas del sistema irlandés.

**E**n la República de Irlanda existe un partido de preponderancia indiscutible, el Fianna Fail, que venía monopolizando el Gobierno durante los últimos dieciséis años. El Fianna Fail fue creado en 1927 por un grupo de hombres del Ejército Republicano Irlandés (IRA), dirigidos por De Valera, que no veían posibilidades a los planteamientos militaristas de su organización, y decidieron crear una fuerza «política» republicana que participara normalmente en el juego parlamentario para intentar la conquista del poder.

El Fianna Fail nació, por tanto, como un partido nacionalista y republicano —pero legalista—, y como tal se benefició del sentimentalismo patriótico de la población. Gozó en un principio del apoyo del IRA, hasta que ganó las elecciones de 1932. A partir de ese momento, las relaciones empezaron a agriarse, a la vez que el Fianna Fail comenzaba a entrar en el juego que Inglaterra tiene desplegado en Irlanda.

Los dieciséis años consecutivos de Gobierno del Fianna Fail, partido que, usando los esquemas europeos, podríamos considerar de «centro», no han significado la más mínima desviación del papel concebido por Londres para el Estado irlandés cuando le dio la independencia: en el plano internacional, plena identificación con el bloque occidental; en el interior, represión del IRA; en el económico, preservación total de los intereses británicos (que suponen



## LAS CONTRADICCIONES DEL «SOCIALISMO» IRLANDESES

un 60 por 100 del capital invertido en Irlanda), manteniendo un sistema de libre circulación de capitales entre las dos islas, que, naturalmente, ofrece todas las ventajas al país más industrializado.

Y por último, frente al problema de la participación, aceptación de la situación heredada, no ya con una mera actitud pasiva, sino incluso activa, colaboradora, como demuestra la reunión que mantuvieron en 1965 los primeros ministros de Gran Bretaña, el Ulster e Irlanda, en la que se discutió el futuro de las relaciones entre «los dos» Estados irlandeses (todo ello encubierto con una retórica demagógica, expresada en absurdos, como el de que la Constitución considere que la República es soberana en toda la isla, tanto en los veintiséis condados del Sur como en los seis del Norte).

Cuando el Labour Party anunció que iba a formar una coalición con el Fine Gael, la única explicación que dio fue que «no había habido cambio de Gobierno en dieciséis años», y que «ante la crisis política y económica, era necesario dar al pueblo una alternativa democrática mediante la formación de un nuevo Gobierno».

Naturalmente, no presentó ni un solo argumento de fondo para justificar la «coalición nacional», aunque, vista la panorámica que ofrecía la gestión del partido centrista, no era tan de extrañar la alianza de la izquierda con la derecha. Es decir, no sería de extrañar si aceptáramos los planteamientos oportunistas de «llegar como sea al Gobierno» —al Gobierno sólo, no al poder, puesto que los ministros laboristas están

en minoría dentro del Gabinete, del mismo modo que los diputados laboristas son minoritarios en la Asamblea Nacional—, que parecen ser los que se hicieron los prohombres del partido, cansados de quedar perpetuamente marginados por un sistema parlamentario creado y organizado para servir exclusivamente a las clases burguesas.

Decididos, por tanto, a aliarse con quien fuera a cambio de unas carteras ministeriales, la elección entre el centro o la derecha no era ya fundamental, puesto que son pocas las diferencias de fondo entre el Fianna Fail y el Fine Gael.

Lógicamente, el extraño matrimonio laborismo-derecha ha dado lugar a una serie de contradicciones en el seno del partido, que se han manifestado en su conferencia anual, celebrada recientemente en Cork.

Aparte de que la asamblea recibió con todos los honores a un representante de la Unidad Popular chilena, rindió homenaje emocionado a Allende, acusó a los Estados Unidos, etcétera, un grupo de delegados planteó una serie de medidas radicalmente anticapitalistas, lo que evidentemente fue rechazado por la línea oficial del Labour.

El ala izquierda, dirigida por el doctor Noel Brown, insistió sobre todo en la cuestión de los recursos naturales, muy de actualidad tras el reciente descubrimiento de depósitos minerales evaluados en mil millones de libras. Cuando propuso que todas las minas, el petróleo y el gas natural fueran puestos bajo control público y que se creara un organismo semi-

estatal para su gestión, la dirección del partido aseguró que esa «era ya la política del partido».

Pero cuando la tendencia izquierdista concretó su aspiración en una moción consistente en un ultimátum, dirigido al Gobierno, amenazando con la retirada laborista de la coalición caso de que no se nacionalizara el 95 por 100 de los recursos naturales, la dirección le paró firmemente los pies, resumiendo su postura en la declaración de que «mientras sólo tengamos un séptimo de los votos del país tras nosotros, hemos de aceptar la realidad de nuestra asociación con el Fine Gael y pedir sólo lo que se pueda conseguir».

Ha habido, como es lógico, fricciones violentas entre la línea directiva y la contestataria a lo largo de la reunión, pero quizá lo más importante ha sido el epílogo de esta conferencia anual: una vez terminada la asamblea, el doctor Brown y la plana mayor de la izquierda laborista se fueron a la sede del movimiento republicano (Sinn Féin-IRA) oficial, donde, flanqueados por el presidente de los oficiales, McGiolla, dirigieron una violenta acusación a la política seguida por el Partido Laborista, y expresaron la necesidad de agrupar a todas las izquierdas irlandesas tras los objetivos socialistas, a lo que McGiolla añadió la necesidad de que los laboristas se sumaran a la lucha de liberación nacional.

¿Significará esto una escisión del Labour y una ampliación de la base del movimiento republicano?

Nada se puede excluir hoy día en Irlanda. ■ LUIS REYES.